

Reseñas



La revolución de los santos: estudio sobre los orígenes de la política radical, de Michael Walzer*

Buenos Aires: Ed. Península, 2008.

Alfonso Piza R.**

Universidad Nacional de Colombia

Con este libro —por fin traducido al español— tenemos una de las grandes muestras de la fertilidad del método típico-ideal comprensivo. El autor expone cómo el calvinismo constituye el punto de partida para la apreciación de la política en su textura moderna, incluidos sus aspectos radicales. En la santidad calvinista se despliega el agente autodisciplinado de reconstrucción social, el constructor del sistema represivo y el político audaz, ingenioso y despiadado. Ésta es la forma temprana del radicalismo político.

En el marco del surgimiento de la alta burguesía, la crisis aristocrática y la iniciativa de órganos parlamentarios, como la Cámara de los Comunes en Inglaterra, el puritanismo aparece como una respuesta creativa a estos procesos. El radicalismo puritano está conformado por los disciplinarios de la época isabelina, los presbiterianos y congregacionalistas del período Estuardo.

La aparición de la política radical, no se debe, entonces, ni a los conceptos de Maquiavelo, ni a Lutero, ni a Bodino, los cuales tienen todos ellos como punto de partida la figura de *El príncipe*. El calvinismo en cambio es el primero que desplaza el énfasis del pensamiento político del príncipe o monarca al santo. Esto constituye la plataforma para una política independiente. Lo que se dijo del santo, se dirá después del ciudadano, en el sentido de la virtud cívica, la disciplina y el deber. Aparece un grupo de elegidos de probada santidad. Aquí emerge una nueva visión de la política como visión minuciosa y continua. Esta actitud mundana es previa a la introducción de cualquier sofisticación religiosa en el orden económico. La política se transformó de manera concienzuda en un trabajo. Tanto en política como en religión, los santos fueron hombres de

* Traducción de Silvia Villegas.

** Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. lapizar@unal.edu.co

religión, comprometidos en la reforma de la sociedad, con la creación de una comunidad santa, en la cual, no sólo se alentase la actividad minuciosa, sino que se la exigiese.

Es el instrumento divino de la revolución inglesa de 1640. Ésta es sostenida por el compromiso inquebrantable en una idea política (que otros llaman hipocresía) y en un patrón de trabajo riguroso y sistemático (que otros llaman entrometimiento). En el lado opuesto, la Edad Media concibe hombres inactivos, no participantes; el respeto por la tradición era análogo al respeto que se tenía por padres y señores; excluía la devoción impersonal a las ideas, los partidos y los Estados.

Había interés en reformar sólo desde arriba. Se intentó mantener el misterio en la esfera religiosa a través del esfuerzo metódico y sistemático de los monjes. Incluso en la urbanizada Italia de los siglos XIV y XV no se encuentra un celo sostenido de virtud. Ésta nunca sobrepasó la lealtad doméstica. *El príncipe* no es un programa para ciudadanos activistas, sino un manual para aventureros, sostiene al autor (p. 23). Le faltó ideología. Un personaje como Savonarola puede entenderse, pues, como un aventurero religioso, por el exclusivismo personal de su carisma.

El tipo de política revolucionaria moderna es distinto, tanto de la pasividad medieval, como de la exaltación de los príncipes renacentistas. Los hitos en dirección a la configuración de sus elementos son: el asesinato judicial de Carlos I (que se puede entender como una autoexploración de la monarquía); la creación de un ejército disciplinado de ciudadanos (consejo representativo y agitadores); la reescritura de la constitución. Hay, en fin, presentación pública de reclamos, creación de grupos para establecer estos reclamos y una representación basada en asociación voluntaria que exigía compromiso ideológico (no de lazos de sangre, patronazgos aristocráticos o residencia en el lugar); la aparición del periodismo y la política y de la conciencia de que la Reforma era necesaria y posible.

Si antes de este período la Reforma se asociaba vagamente a restauración, en este período llegó a concebirse como proceso sin fin (como se puede ver en Hooker y Milton).

Los santos ejercían su santidad en los debates, las elecciones, la administración y la guerra; el celo puritano no era una pasión privada, era una emoción colectiva, imponía a los santos una disciplina¹ nueva e impersonal. La conciencia liberó a los santos de la pasividad medieval y de la lealtad feudal, pero no alentó la política de facciones e intrigas al estilo italiano.

La disciplina enfatizaba el autocontrol (o la vigilancia mutua), el compromiso sostenido y la actividad sistemática. Una ética militar y política de trabajo, análoga al “ascetismo mundano” que describió Max Weber en

1. Esta sugerencia es seguida por Phillip Gorski. Para su interpretación del Estado en Holanda y Prusia, véase *American Journal of Sociology* 1993. 99, 2, 295-316 (en español, *Cuadernos de Trabajo*, n.º 14. Facultad de Ciencias Humanas, 1996. Traducción del sociólogo Carlos Mosquera O.).

la vida económica, pero no tan orientada hacia la adquisición como hacia la contención, el esfuerzo, la destrucción y la reconstrucción.

Se pueden presentar fenómenos paralelos a la política radical (de modo similar a como Weber en las trasposiciones de sus clases de 1917 habla de hechos externos al capitalismo).

1. Separación de la política de la unidad doméstica.
2. Aparición de hombres formalmente libres. La Reforma dejó en libertad a grupos de hombres, predicadores por cuenta propia y académicos vagabundos (peregrinos).
3. Consideración racional, amoral, pragmática de los métodos políticos. En las ciudades italianas se calcularon con cuidado la importancia relativa de la habilidad, la energía y la suerte en los asuntos políticos, la pertinencia de los diversos medios para distintos fines. En jesuitas y calvinistas subsistió este cálculo, obviamente con propósitos distintos. Los hombres escrupulosos parecían necesitar sólo de casuistas cuidadosos, pero apenas se les había asegurado que la prosecución del poder era un objetivo legítimo, se aplicaban a ello con extraordinaria eficiencia, y es probable que tomaran las medidas necesarias, de un modo más despiadado que el simple aventurero.
4. Aparición de unidades políticas en gran escala. Una organización partidaria de rebeldes políticos en gran escala es el paralelo histórico del aparato complicado y poderoso del Estado moderno. Ambos aparecen en el siglo XVI, como base para el compromiso ideológico y la asociación voluntaria.

El santo era el hombre que poseía ese “*carácter excepcionalmente fuerte, necesario para superar el tradicionalismo político y sobrevivir en el peligroso mundo de los hombres sin amo*” (como afirma Weber). La política radical fue creación del santo, y una creación desarrollada por medio de un difícil proceso de invención y experimentación. Así como las modernas tácticas militares evolucionaron a partir del desorden feudal y el combate personal, los métodos del santo fueron desarrollados en el curso del propio conflicto político que respondían imaginativamente en busca de la victoria. Algunos de los individuos que eran atraídos a la nueva vida tenían profundas lealtades; otros, genuinamente comprometidos, mantenían patrones anacrónicos o desarticulados de pensamiento, expresión o conducta.

El libro estudia la política calvinista durante los cien años que precedieron a la revolución inglesa. Pueden identificarse caracteres o tipos: calvinistas ginebrinos, hugonotes franceses, pactantes (*covenants*) escoceses, exiliados marianos ingleses, ministros disciplinarios, santos puritanos. La construcción del santo puede mirarse comparativamente con lo hecho por los jacobinos y los bolcheviques en la entronización (o exaltación) de sus líderes.

El libro parte de reconstruir la ideología calvinista para, a partir de allí, profundizar en el radicalismo y su organización. Además de describir

tipos, hugonotes franceses y exiliados marianos; y en Inglaterra, el clero y la nueva clase, tales como los laicos educados. El intelectualismo emergente fue crucial en todas partes y no en última instancia por su radicalismo. Como evidencias, las articulaciones están tomadas de sermones y tratados, incluyendo aquellos de los puritanos exiliados en Norteamérica.

Sin el poder y las prerrogativas de la aristocracia, el celo calvinista habría seguido siendo un asunto privado, que daría lugar, en el mejor de los casos, a una rebeldía atropellada y confusa, como la de las sectas medievales y del Renacimiento, o a una conspiración furtiva e inútil de profetas heréticos².

Si es que los hombres no soñaban, de hecho, con un cambio pacífico, sí, de alguna manera, habían llegado a ver la violencia y la guerra sistemática como el precio que debía pagarse para la Reforma, éste fue el resultado del entrenamiento que recibieron del calvinismo.

2. A este propósito no se abordan los sectarios ingleses, que Walzer no considera innovadores, dado el perfil de su investigación, el radicalismo político, que va a constituir para el autor su programa de trabajo posterior y en el que va a ser muy importante el estudio y comprensión del terrorismo contemporáneo.